

FERRAN GALLEGO: *El mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*, Crítica, Barcelona, 2008, 850 págs.

En el nombre de este libro está contenida la esencia de su original contribución, pero de un modo que puede resultar esquivo a primera vista, incluso inducir a error. El subtítulo del ensayo pasaría desapercibido en cualquier biblioteca por excesivamente plano y genérico, un título de esos ya leído alguna vez en otra parte. Parece propio de un libro cercano a los acontecimientos que aborda, de la época de la transición. Ahí justo está la clave: uno de los atributos de esta obra es precisamente el efecto de proximidad a los hechos narrados que consigue, resultado de una tarea de reconstrucción como mínimo detenida y rigurosa, que llega a recuperar incluso un lenguaje de época.

Llamar, por otro lado, el mito de la transición a un estudio o ensayo histórico es en estos tiempos opción bastante arriesgada: no paran de ver la luz libros con títulos muy parecidos acerca de ese u otros temas del pasado reciente, y del no tan reciente. La última moda entre los historiadores que quieren eludir confesar las afinidades ideológicas propias es señalar mitos en las interpretaciones de autores con ideología contraria. Quienes se dedican a esta actividad no suelen sin embargo acompañar sus denuncias de métodos rigurosos que garanticen que las perspectivas alternativas que nos ofrecen nazcan libres de esa producción de mitos que tanto dicen denostar. Todo se queda en un género pretencioso, que produce además títulos poco originales.

A priori lo fácil sería incluir el trabajo de Ferrán Gallego en esta tendencia. Pero hay también en este caso algo en el propio título elegido que no cuadra con el arquetipo de libro «desmitificador» al uso. Lo esperable en una obra sobre un período tan trillado y sobre el que hay, desde luego, mucho mito, sería un título en plural: los mitos de la transición, o algo así. El singular en este caso distingue la empresa de este autor. Pues lo que quiere confrontar Ferrán Gallego no es esta o aquella interpretación convencional, este o aquel suceso o figura a desmitificar, sino la transición misma como mito. El libro no disimula además una determinada orientación política, algo que por otro lado destila cualquier análisis

sobre ese pasado reciente. Si a eso se añade la densa narrativa —setecientas páginas y más de cien de notas— urdida para recontar apenas cuatro años de historia política de mediados de los años setenta, todo indica que estamos ante otro tipo de producto. Este estudio contiene una propuesta alternativa en toda regla sobre la salida de la dictadura que merece discusión; dado el creciente desprestigio del metarrelato hasta ahora dominante sobre la transición española, llega además ésta en un momento propicio, aunque lo haga apelando a una noción tan convencional y restrictiva de mito, como sinónimo de falacia, como algo contrario a la verdad.

Conviene aclarar a renglón seguido que obviamente la hipótesis del libro no es que en España no se produjo un cambio de régimen político de una dictadura a una democracia, y que seguimos en lo esencial en el franquismo. Lo que cuestiona Gallego es que lo que sucedió tras la muerte de Franco se defina por medio de un concepto como el de *transición*, con las connotaciones que conlleva además en el «modélico» caso hispano: un proceso por el cual una moderada maduración democrática extendida «por abajo» es exitosamente representada «desde arriba» por un puñado de agentes preclaros que cuentan con una hoja de ruta reformista definida de antemano. No hubo según se plantea aquí ni derrumbe incontrolable del viejo régimen ni acuerdos de base que dieran mínimas garantías de neutralidad en el salto hacia el pluralismo parlamentario. Y, sin embargo, lo que es por otro lado innegable es el cambio en la legitimidad que se produjo, desde un sistema sin derechos de participación política a la democracia.

La tesis del libro es que este desenlace es el fruto de una dialéctica entre dos factores. El primero es interno al régimen. Dentro de las propias matrices fundacionales del franquismo estaba larvada la posible evolución hacia una versión organicista de democracia; éstas definían una suerte de constitución abierta y susceptible de ser «perfeccionada» sin romper con la legitimidad originaria de un orden que remitía al golpe de julio de 1936. La interpretación no es del todo novedosa: se ha hablado bastante sobre las variantes de reformismo intrafranquista en los últimos años de la dictadura. La diferencia es que Gallego no sitúa esa suerte de «continuismo reformista» como una opción puramente discursiva elaborada por sectores de la burocracia que habrían interpretado de una forma digamos poco ortodoxa las Leyes Fundamentales promulgadas por Franco a fines de los años sesenta: en su planteamiento el proyecto de extensión controlada de la participación en clave demo-corporativista estuvo en el centro, no ya del programa de los últimos gobiernos de Franco, sino también de la agenda que llevó a la creación del primer gabinete presidido por Adolfo Suárez bajo el auspicio del rey Juan Carlos.

A diferencia de la literatura habitual, aquí no tenemos un escenario de pugna entre reformistas e inmovilistas dentro del régimen, sino una definición alternativa de sus fronteras de legitimidad, dentro de las cuales se perfilaban las diversas líneas políticas internas a la burocracia franquista; pero a diferencia de

la literatura que viene últimamente resaltando los factores de continuidad entre la dictadura y la transición democrática, en este caso se subraya que ese sueño compartido de una democracia *sui generis* —sin pluralismo político, sin partidos y con una sociedad civil reincorporada por la triple vía del populismo plebiscitario, el asociacionismo y la representación corporativa— terminó sucumbiendo.

Lo hizo por influencia de un segundo factor que es exterior al sistema. Ese diseño de democracia orgánico-populista se quebró, pero según Gallego no por la debilidad interna del régimen a la muerte de Franco ni tampoco por la presión organizada de una oposición unida en torno de una alternativa política exitosa. Lo hizo por la irrupción de una fuerza colectiva popular que a comienzos de 1976 protagonizó un breve pero intenso ciclo de protestas y movilizaciones cívicas que alteró sin vuelta atrás el escenario en el que se estaba intentado avanzar hacia una suerte de democracia «made in Spain». De nuevo, enfoques que hacen hincapié en la relevancia de la acción colectiva prodemocrática en las primeras etapas de la transición han sido ya planteados, pero lo que distingue la interpretación de Gallego es el grado de autonomía que se concede a esa fuerza respecto de las organizaciones de la oposición situadas fuera del marco de reconocimiento de las instituciones tardofranquistas.

A diferencia de las interpretaciones dominantes, Ferrán Gallego sugiere que a la muerte de Franco hubo en España ruptura, pero no la que deseaban los que venían proclamándola discursivamente sin dar los pasos adecuados para hacerla realidad, especialmente desde el Partido Comunista. El régimen, a su vez, aguantó más de lo que toda la oposición esperaba: de hecho la ola de protestas no sólo no desbarató sino que, al contrario, consolidó un escenario en el que la oposición se mostraba incapaz de capitalizar la extensión de las sensibilidades democráticas. Esto aseguró la continuidad de las estructuras institucionales y clientelares del régimen, que pasaron prácticamente intactas a nutrir el gobierno de Adolfo Suárez, permitiéndole preservar la iniciativa de un proceso que no cumplió así con los requisitos mínimos de neutralidad que definen una transición.

Para hacer valer esta tesis, Gallego combina dos bagajes que están en permanente tensión en todo investigador honesto. De una parte está su condición de experto en las modalidades de pensamiento y las instituciones de la extrema derecha y el fascismo en Europa y España, que le permiten distanciarse de los lugares comunes que rodean la descripción de la naturaleza del régimen y de las sensibilidades ideológicas que acogía a comienzos de los años setenta. No se ha dejado seducir por la retórica académica al uso, que rinde excesiva pleitesía a la manera en que los protagonistas de aquellos acontecimientos, y los formadores de opinión legítimos a la muerte de Franco, clasificaban las distintas opciones en un espectro izquierda-derecha. La alternativa que ofrece —en la que la AP de Fraga aparece situada en la extrema derecha, y no en la derecha, y la UCD figura como un partido construido desde la legitimidad del régimen franquista— está desde luego llamada a generar polémica.

De otra parte, se encuentra su propia memoria como observador de todo el proceso que narra. Pues gracias a la fructífera recuperación de una imagen íntegra de lo vivido en esos años consigue sortear la autocomplacencia que domina el relato convencional acerca de la trayectoria histórica de la oposición al régimen, en el que las organizaciones antifranquistas y las protestas y movilizaciones sociales por la democratización aparecen en armónica orquestación, cuando no éstas debidamente controladas e incluso manipuladas por aquéllas. Las críticas que se hacen al PCE y el PSOE están inspiradas en el recuerdo de procesos singulares que tuvieron lugar en Cataluña, y que funcionan como una guía de vías históricas alternativas.

Todo esto se consigue sin caer en el ensayismo al que siempre se presta el estudio de ese período. La cronología marca este relato, cuyo activo principal es el detalle. Su enfoque narrativo es prospectivo: *El mito de la transición* nos presenta el período que siguió a la enfermedad y muerte de Franco y hasta las primeras elecciones generales de junio de 1977 como una secuencia histórica que estuvo lejos de ser ineluctable. A través del uso de memorias y sobre todo de editoriales de prensa seguidos casi en el día a día, se ofrece un relato que huye de la teleología, subrayando futuros abiertos y desenlaces contingentes que cada acontecimiento nuevo generaba entre los diversos actores.

La tesis de fondo es que el escenario abierto en 1975 desbordó las previsiones iniciales de todos los que han terminado figurando como sus protagonistas. Ello se debió a que actuaron en cada momento en función de la percepción que tenían del contexto en el que se movían y, muy en primer término, de cómo imaginaban a las fuerzas a las que se enfrentaban. Esta manera de acercarse a la materia histórica está en sintonía con lo que se conoce como «giro lingüístico»: los sujetos no acceden a un conocimiento directo y transparente a la realidad, sino que su aprehensión está fuertemente mediada por un lenguaje con el que se le da significado. Ferrán Gallego se exhibe por cierto en su libro como un probado hermeneuta: dedica muy interesantes pasajes a sutiles interpretaciones acerca del significado de términos del vocabulario político tardofranquista y de la oposición.

Ahora bien, el autor no cruza en ningún caso conscientemente la línea de la epistemología clásica. Combina de hecho el enfoque prospectivo con otro marcadamente retrospectivo: a cada paso, el estudio de un proceso concreto o de la reacción de la oposición o las fuerzas del régimen se acompaña de juicios desde fuera acerca de las motivaciones y los cursos de acción escogidos, a menudo por contraste con otras que pudieron haberse escogido y no lo fueron. Con esta actividad Ferrán Gallego pretende calibrar el grado de distorsión en que se movían los actores respecto de una realidad que concibe como algo perfectamente objetivable. Pero aspira también a ofrecer contrafactuales, y aquí la propuesta resulta menos rigurosa: se critica a los líderes, de la oposición o del reformismo, no siempre por lo que lo que pudieron hacer y no hicieron, sino por cosas que no vieron o pensaron. Y no queda demostrado si podían o no haberlas visto o

pensado: no hay un cuidado por mostrar el grado de plausibilidad de las alternativas que se ofrecen análogo al que acompaña el seguimiento de los diagnósticos «equivocados» de la realidad.

Se palpa detrás de esta tendencia una tensión sin resolver entre el esquema de conocimiento clásico y las aportaciones procedentes del campo de las representaciones y el lenguaje. Algo similar se pone de manifiesto también en la interesante reflexión de fondo que atraviesa la tesis del libro, acerca del tiempo. Los acontecimientos no irrumpen en el relato de Gallego sin más, dejando a todos los agentes perplejos, pero tampoco son impuestos por una suerte de *deus ex machina*: lo que el autor hace ver es que la clave del proceso consistió en una pugna por controlarlos. En ese control sobre los sucesos, en el que interviene muy en primer término la producción de discurso, se juega el trasvase de recursos, el aumento o disminución de poder de los actores. Sin embargo, el autor da a entender al mismo tiempo que las correlaciones de fuerzas están de alguna manera preestablecidas por otras causas que son estructurales. La distorsión de la realidad que sufren los actores parece, en fin, un factor añadido que hace perder oportunidades, pero no un factor determinante de los cambios en las correlaciones de fuerza. Y, sin embargo, una hipótesis realmente sugerente de este trabajo consiste en hacer ver los cruciales réditos que obtuvo Adolfo Suárez de la manera en que la posición de su gobierno quedó convencionalmente clasificada en la cultura política de la crisis de la dictadura, como encarnación de un reformismo prodemocrático sin vinculaciones con el viejo régimen. Las maneras en que la realidad fue aprehendida parecen haber sido mucho más influyentes en el contexto de lo que el propio autor parece dispuesto a conceder.

El enfoque de Ferrán Gallego hibrida, pero no sintetiza, los enfoques clásico y posclásico. No es algo que él haya seguramente aspirado a lograr: la suya parece una empresa de emulación de los grandes clásicos de la literatura revolucionaria, escritos por autores que pulsan la compleja relación entre estructura y acción en un relato al servicio del compromiso con determinados ideales. Los de Gallego están sobradamente claros: está convencido de que aún nos jugamos mucho del presente dependiendo de cómo veamos ese pasado reciente. Lo que ofrece no es una obra de historia política al uso, pero tampoco un análisis a partir de una renovación teórica metodológica expresa. En realidad es en esa tensión irresuelta entre enfoques donde está el límite, pero asimismo la altura de esta obra de argumento seductor y lectura envolvente. Pues es importante señalar finalmente que el autor escribe su relato con frases muy largas, pero construidas e hiladas de manera que producen un efecto hipnótico que vuelve la lectura cualquier cosa menos pesada y ardua.

Pablo Sánchez León
Universidad Complutense